

“La Guerra Gaucha”, de Lugones

SU ESTRUCTURA LÉXICA.

Son más de 40 las notables obras del que fué nuestro eximio escritor D. Leopoldo Lugones, contando prosa y verso, y son incontables sus artículos dispersos en diarios y revistas. Lugones, periodista ante todo, vivió escribiendo con un talento admirable que le permitió tratar todos los temas por arduos o difíciles que fueran. Entre tanta letra se destaca, con mucha popularidad y no pocas ediciones, su quinto libro en el orden cronológico, *La Guerra Gaucha*; acaso el más original, ante todo por su estructura léxica, como lo vamos a demostrar; ha sido llevado al cine, captando su belleza, aunque sin estricta fidelidad. Bien puede asegurarse, dada la forma en que está desarrollado su asunto, que se trata de un poema en prosa, como acertadamente lo dice el R. P. Ragucci en sus *Letras Castellanas*.

Este singular poema, le llamaremos así, muy épico por cierto, aclara un período de nuestra historia que media entre la derrota de Ayouma y la muerte de Güemes. Es pintura de ambiente norteño; sus relatos, episodios y cuadros, no se ajustan en rigor de verdad a la evidencia histórica; pero resultan muy verosímiles, rebosantes de vida y color, con esa ampulosidad y exageración que es característica en Víctor Hugo, a quien imita en su estupendo romanticismo. Hasta se inspira en la descripción de Waterloo puesta en *Los Miserables*; y anticiparemos aquí una

de las voces neológicas, que nos proponemos examinar, cuando nos dice que los gauchos *encambronaban* al enemigo: Lugones, mesurado siempre en sus términos, mal podía emplear una mala palabra.

Debo advertir aquí, ya que he mentado el romanticismo que resalta en esta obra de Lugones, que no es posible definir a este autor en determinada escuela literaria; tan variable como sus temas es su estilística, se le cuenta como maestro del modernismo actual y tiene, por cierto, mucho de clasicista, especialmente en lo que toca a griegos y latinos, a su mitología y a Homero principalmente.

Más sorprendente que la estilística misma es el léxico de *Guerra Gaucha*: es de una riqueza de palabras realmente encomiable, así en voces castizas poco empleadas en la Argentina, como en neologismos o voces nuevas de muy correcta formación que aun no están registradas en el Diccionario académico. Acaso pueda contarse a Lugones como el escritor argentino que ha usado mayor número de voces distintas; para encontrarle parangón hay que ir a Ecuador, a leer a Montalvo, que aun vive en sus producciones de ampuloso vocabulario.

Entremos a concretar esta aserción, que puede parecer aventurada.

Presentaré, y ello sin llegar siquiera a la mitad del libro, una serie de palabras muy castizas, pero poco usadas en la Argentina, que están empleadas con la exacta y muy precisa significación que les da el Diccionario de la Academia. ¿Cuántos no tendrán que recurrir al léxico para saber la significación de estas voces?: *argayo, tralla, galillo, garlar, mambla, azarcón, bocezar, almofrej, hispir, mamullar, sirle, glabro, tantalear, advenir, circucción, sofaldar, calina, asendereado, traspillado, embastecer, vulnerario, dimidiar, molitivo, imbele, cantaleta, fada, enjorguinarse, flabeliforme, alcamonia, esquilimoso, lauto, entrapada, piocha, tahalí, alfar, flagrar, calipedia, balandrán, añafil, regolfar, gamarra, chozno, apunchar, socaliña*, etc. Conste que no alargo esta abundosa lista temiendo cansar al lector; pero conveniamos en que basta de suyo para comprobar la riqueza del vocabulario lugoniano.

Entremos ahora a ver las palabras nuevas creadas por Lugones, las más veces necesarias para expresar con precisión las ideas en todos sus matices. Las anotaré muchas veces en su frase para que se advierta mejor su acepción: “De oro y rosa *bicromábanse* los cerros” (el pref. *bi*, indicativo de duplicidad, aumenta la significación de *cromar*). En la misma página 16 se lee: “la cordillera” *overeaba* como un cuero vacuno” (aquí deriva un verbo del nombre *overo*). Como sigo el orden de las páginas omitiré su enumeración. “Los soplos del huracán *bascularon* la selva” (toma este verbo de la báscula que mueve los puentes levadizos, más movediza por cierto que la de pesar). En “el vendaval *refiloneaba* la casucha”, hay un verbo derivado de *refilón*. En “*iegiaban* añil”, sacado de lejía, debió estar la *j* (¡ cuántas transgresiones, como ésta, se evitarían con el “*je, ji* en todos los casos y nunca se yerra”, que aconsejaron y dieron en emplear Bello y nuestro Sarmiento!). En “los soldados *invectivaban*”, verbaliza (permítaseme esta salida del Dicc.) el nombre *invectiva*. Nombra después el *socondo* (*Galium hirsutum*, arbusto del norte argentino, de raíces tintóreas). “Gran *proclamista*”, es el que prodiga *proclamas*. “Le *empurpura* los ojos...”, se ha pasado por alto el verbo *empurpurar* y está su participio “empurpuado”. En “la dilatación de sus *narigoles*”, hay acaso más fuerza expresiva que si se dijera *narices*. “Aquello *beligeraría*”, traería *beligerancia*. “Una *tremulación* de vidrio”, deriva de *trémulo*, como tremulante. “En una agazapada *confuyeron*...”, muy bien venido de huir juntos. “*Minuciaba* nimiedades”, proviene de *minucia*. “Su *angelización*...”, de *ángel*, como angelizar. “Galpones *famularios*”, de fámulos. “En el mirar *ceráuneo* si la cólera refulgía”, como rayo, del latín *ceraunia*. “Para que *montonearan*”, para que hicieran de *montoneros*. “*Opalizándose* en trémulas ternuras de cuajada”, con irisaciones de *ópalo*. “*Cobreábanse* levemente”, adquirirían matices de *cobre*. “Una *traslucidez* de alumbre”, derivado de *traslúcido*. “*Proteizando* sobre la marcha sus siluetas”, derivado de *proteico*, que cambia de formas. “Los *venudos* brazos”, de *venas* muy pronunciadas. “Golpecitos *tangenciales*...” que tocan como *tangentes*. “Para *bribar* en chacota”, de *briba*. “Tiróse *manchancha* de reales”. rebatiña del norte, que es “*marchanta*”

en nuestro litoral. "Sus regüeldos *terrificaban* aún", de *terráfico*. "Su *traspensamiento*", empleo correcto del pref. *trás*. "A su *politropo* palabreo", aquí se vale del pref. *poli* para indicar con una sola palabra la abundancia de tropos que es característica en el gaucho. "Su *duendesco* sombrero", propio de duendes (un solo vocablo en lugar de estos tres que dirían lo mismo). "Con *vasadura* negra", habla de los vasos de las caballerías. En "el *forrajco* de suculencias que roznaba", menta la ración de forraje. En "erraba un *chispeo*", evoca las chispas de las luciérnagas. En "*cianurando* el cielo", hay una rara manera de oscurecerlo", como si muriera tomando cianuro (y es éste el veneno que usó para quitarse la vida). En "*muequeaban* acerbas sonrisas", figuran burlonas muecas. El "tordillo que *mañareaba*", que ponía en acción sus condiciones de mañero. "*Clarineaba* catarros...", sonarían como muy roncocos clarines. "Su *inabolible* risa...", falta también *abolible*, que puede abolirse. "*Enflechaban* sus arcos", ponían en acción sus flechas. "Con un *leleo* de niño", derivado de *lelo*, tonto. En "toda la *mancarronada*", entra el conjunto de los mancarrones. "La tormenta descolgaba *pantalleando* sus resplandores", este expresivo gerundio supone un verbo *pantallear*, que tampoco está registrado en los diccionarios. "*Arisqueando* en la carrera", obra aquí otro gerundio no menos expresivo y también huérfano, como que falta el verbo *arisquear* que lo ha engendrado y que mucho se oye cuando se anda entre caballerías. Desde aquí, en mérito de la brevedad, ya que esto me está resultando muy extenso, voy a continuar dando solamente las neológicas palabras, tan comprensibles y de correcta formación. Entresaco las siguientes: *desmelenamientos*, *marmorizaba*, *flamescente*, *bermejor*, *nacaraban*, *pencal*, *ótidas*, *cuzqueño*, *cinapisáronse* (acaso por errata se ha omitido una *m* en este derivado de sinapismo), *exorbitó*, *prorrupción*, *inhallables* (falta *t. hallables*), *amuchamiento*, *tangilizábase* (hay una síncope, ya que el verbo derivado sería *tangibilizábase*), *orfebrándose* (de orfobre), *dermal* (de dermis, piel), *rameaban*, *pimentábase*, *multiplicio*, *joyaban*, *pulverulencias*, *desortijaduras*, *amortecidos*, *atordillaba*, *tiritamento*, *intervalaban*, *suspición*, *mulateaban*, *verdácea*, *refucilado*, *chaitando*, *arborescido*, *aperdigado*, *viarada*, *pacará* (*Enterobium con-*

tortisilicum, árbol de las leguminosas), *empabellonados*, *contrafogueando*, *cebraban* (pintando a rayas, como las cebras), *solcito* (diminutivo popular, más usado que el “solecito” de la Academia), *acerbando*, *lacteaba*, *cromatando*, *violínadas*, *terrificaban*, *cejiñuntaba*, *dormición*, *confidenciaba*, *embichadura*, *tiesierguido*, *futilizando*, *torcionario*, *ilusaba*, *paternostrero*, *inhebración*, *corporización*, *yuyada*, *celibar*, cuya fronda... (hay aquí una errata o metátesis; la palabra es *cebilar*, lugar de muchos cebiles), *histerizaron*, *opacaron*, *chuceados*, etc.

No puede causar extrañeza esta facundia lexicográfica de Lugones si se cuenta que entre los múltiples ramos de su genial saber estaba la filología; véanse sus eruditos artículos “El idioma vivo”, de *La Nación* de marzo de 1931, “La lengua que hablamos”, de *La Nación* del 22 de septiembre de 1939 y, como éstos, otros estudios aparecidos en diversas revistas; cuéntese que era un conocedor del griego, del latín y de no pocas lenguas vivas, entre éstas el árabe, como lo prueba su *Diccionario Etimológico del Castellano usual*, que venía publicando el *Monitor de la Educación Común* y que ha dado en obra nuestra Academia Argentina de Letras en voluminoso tomo de 622 páginas, *Diccionario trunco* que sólo llega hasta la voz “arronzar”, y que habría podido ser una obra monumental si su autor hubiera vivido el tiempo suficiente para terminarlo y corregirlo debidamente.

JUAN B. SELVA.